

Frente a la atropellada condición del espectador, la serenidad de la palabra escrita: esta posibilidad es en el presente artículo motivo de celebración. Tras 120 años de trabajo sostenido sobre la base de palabras serenas, se celebra aquí la continuidad responsable de sus hacedores que, lejos de caer en la tentación del impacto fácil, apuestan por el manso camino de la observación aguda, de la construcción activa de memoria, del testimonio cierto y la reflexión.

CELEBRACIÓN DE LA PALABRA ESCRITA

Si reconocemos la palabra como clave de nuestra condición humana, no podemos menos que celebrar una labor de 120 años en el cultivo de tan maravillosa forma de comunicación. Por las páginas de este diario pasaron generaciones de seres comprometidos de múltiples maneras con la palabra. Me cuento entre ellos, con una experiencia de ocho años en el periodismo activo, a partir de 1965. Fueron preciosos tiempos de observar e interactuar, de compartir y aprender en esa escuela constante llamada redacción, de vivir y escribir el momento, con los pies bien plantados en la historia y con la mirada en busca de causas y consecuencias de las acciones de la sociedad.

Siempre me ha deslumbrado el vuelo de las palabras, que por algo son aladas como las llamaba el viejo Homero. No sólo cuando brotan a borbotones de los labios, sino también del vértigo de los dedos en las viejas rémington o en el teclado de la computadora. Celebramos 120 años del cultivo de la palabra escrita. Por estas páginas han pasado generaciones de seres empeñados en decir algo a los demás, desde la información, desde la poesía, desde la ciencia, desde incesantes manifestaciones de la cultura. La escritura ha sido siempre un terco intento de dejar huellas, cada trazo sobre el papel es una pisada de quienes no se contentan con pasar como sombras por la existencia. De huella en huella, uno termina por abrir profundos surcos donde fructifica la siembra.

Supongamos, para tratar de pensar en alguna forma de polifonía, un coro. Distintas voces a lo largo de 120 años, coro más que centenario. Un paso, sin duda, en el esfuerzo de comprender: Pero la imagen no nos alcanza. No podemos celebrar un mismo ordenamiento, ni mucho menos una suerte de director eternizado, con el oído absoluto, capaz de captar el rumor de cualquier tiempo. Distintas voces, sí, cientos y cientos de ellas, pero de ninguna manera sujetas al plan del director o de algún ordenamiento destinado a sortear décadas enteras. Estas páginas fueron tan variadas y tan constantes como los tiempos que dijeron y encarnaron. Un juego de la identidad, en la continuación de un espacio, y de la necesaria diferencia, en el entramado de voces a veces unidas, pero a menudo confrontadas en el contrapunto de ideas, pasiones, poderes. La escritura de hombres y mujeres tiene tantas luces y sombras como la existencia de hombres y

mujeres. Celebramos esa polifonía no sujeta a las leyes de un coro, libre y prisionera de su tiempo, de cada tiempo.

Y a la base de todo, el dignísimo oficio del periodista. No conozco una figura de mayor permanencia en el quehacer cultural que la suya. No en cualquier espacio es posible hilvanar tres siglos con una misma práctica. Podría intentar algunos trazos ideales para delinear esa figura. Pero sería un ejercicio inútil. Los seres protagonistas de ese oficio conformaron sin tregua un mosaico de diferencias. Que nadie sueñe, al recorrer los archivos de tanta creación, con una voz monocorde. El oficio abre el camino a la diferencia artesanal de una pieza a otra, y a la vez a las semejanzas de quienes comparten la historia y practican la palabra escrita. Celebramos la condición de posibilidad de este espacio: los seres que eligieron de por vida el largo trayecto de la escritura y del testimonio.

Estos iniciales días del milenio han venido plagados de augurios y de maneras de decir. No faltan los agoreros empeñados en anunciar un mundo audiovisual, un retroceso casi hasta la extinción de la lectura, un abandono de la cultura letrada para dar paso a los juegos de la imagen y a los sortilegios del espectáculo. Súmese a esto el manoseo de la cotidianidad, el exhibicionismo del dolor y de la dicha ajena, la seducción a la medida de cada mirada, la reducción de cualquier situación social a la risa, a la carcajada sarcástica. Cuando más entramos en este túnel de la tragedia social, más risas, más proyección de pseudo conflictos, como si todo se pudiera negar desde una imagen vocinglera, gritona, hiperactiva. Frente a tales atropellos a la condición de espectador, de perceptor, necesitamos la serenidad de la palabra escrita. Celebramos 120 años de sostenimiento de esta palabra y lo hacemos desde el llamado a la responsabilidad por su continuidad, lejos de la tentación por los pueriles y fáciles caminos de la espectacularización a cualquier precio.

Y celebramos este largo proceso de construcción de la memoria, la paciente, la tejida día a día por manos ansiosas por atrapar el instante, para guardarlo de la voracidad del tiempo. La larga memoria de más de un siglo, encarnada en generaciones de seres comprometidos de por vida con la palabra escrita.

Daniel Prieto Castillo
2001